



## World Library and Information Congress: 70th IFLA General Conference and Council

22-27 August 2004  
Buenos Aires, Argentina

Programme: <http://www.ifla.org/IV/ifla70/prog04.htm>

---

**Code Number:** 162-S  
**Meeting:** 69. Opening Session  
**Simultaneous Interpretation:** Yes

### El libro en tiempos de la globalización

**Tomás Eloy Martínez**

Novelista argentino

Director de Estudios Latinoamericanos, Rutgers University, New Jersey, Estados Unidos

---

En un rincón perdido del Museo Británico, en Londres, hay una minúscula tableta de arcilla en la que están grabados algunos versos sobre el diluvio. Esos versos, que pertenecen al poema babilónico *Gilgamesh*, fueron escritos en caracteres cuneiformes hace más de cuatro mil trescientos años. La tableta formaba parte de la biblioteca del rey Arsubanipal, una de las primeras de las que se tienen noticias. Los destellos de imaginación del ignoto autor de *Gilgamesh* iluminaban entonces sólo a un puñado de seres humanos: tal vez doscientos, tal vez mil. En aquel vasto amanecer de la especie, la lectura era un saber mucho menos frecuente que los saberes de la agricultura y de la guerra. Las historias se perpetuaban a través de la voz de los rapsodas, que cantaban e improvisaban mientras los demás oían y modificaban lo que oían con los tañidos de su memoria. Salvo unos pocos relatos sobre reyes y guerreros que buscaban la eternidad, aquellas primitivas tablas de arcilla sólo servían para el comercio y para el registro de unos pocos hechos magnos: victorias, conquistas, ritos imperiales.

Quién sabe cuántos sistemas independientes de escritura eran entonces concebidos en otras latitudes. El número de los que ha sobrevivido es cabalístico, siete, y todos ellos se originaron al oriente de Grecia, en Creta, en la Mesopotamia, en los valles del Nilo y del Indo, entre los grandes ríos de la China, en la meseta de Anatolia, en la antigua ciudad persa de Susa. La especie tardó aún dos milenios en anudar las palabras y establecer con ellas esa melodía que ahora conocemos como *el libro*. Los primeros libros no narraban historias. Eran fórmulas de adivinación, lecturas de los pájaros en vuelo, del movimiento de las hierbas, del paseo de los animales. A través de la naturaleza, el ser humano intentaba descifrar su destino. Y los libros eran algo así como la fijeza del destino, la eternidad inmovilizada en palabras.

Quizá la mayor maravilla del libro es su capacidad de transfiguración, de ser primero voz que se va enriqueciendo al pasar de generación en generación, hasta que alguien, temeroso de que la voz se pierda en los vientos del tiempo ordena retenerla en páginas manuscritas, como sucedió con *La Iliada* y con *Las mil noches y una noche*, para ser más tarde texto sagrado, hoja impresa, biblioteca de Babel, símbolo virtual que se desliza en las computadoras. En el nudo original del libro está, por supuesto, la escritura, en cuya definición coincidieron Aristóteles, los sabios chinos del siglo XV, así como Voltaire y los enciclopedistas. En su *Lógica*, Aristóteles dijo que “las palabras habladas son los símbolos de la experiencia mental y las palabras escritas son los símbolos de las palabras habladas”. Según Tai T’ung, los chinos definían la escritura como “el habla pintada”, y el habla como “el aliento de las vocales”. Algo semejante dice Voltaire: “La escritura es la pintura de la voz; cuanto más se le parece, mejor es”.

En su largo amanecer iletrado, la humanidad componía libros sin saberlo, voces, sucesiones de historias que se desplegaban en el espacio público: las plazas, los templos, las academias. No existía la noción de autor en el sentido en que la concebimos ahora: escribir, o crear, era una tarea colectiva, una discusión, un diálogo como los que transcribió Platón. *La Iliada* y la *Odisea* fueron la obra de muchos hombres o, si se quiere, de todos los Homero que trabajaron en ellas entre los siglos VIII y VI antes de la era actual. Cada copista de *La Iliada* sumaba una línea o suprimía una escena, hasta que ese espacio móvil encontró su punto de fijeza, y lo mismo sucedió con los evangelios canónicos y con los apócrifos, con los textos de Confucio quemados por el primer emperador de la China y rehechos por la memoria de sus discípulos, y hasta con una novela célebre, la caudalosa y medieval *Shui-hu-zhuan*, o *Al borde del agua*, cuyos centenares de episodios podrían ser miles, cientos de miles, o uno solo.

La fuerza del libro está en su poder proteico, en ser voz o volumen o signo virtual o todo a la vez, para brotar de una sola persona o encarnar, por sí solo, toda una cultura.

En la antigüedad, aquellos que oían las palabras de un libro, o las copiaban, o las leían confiriendo forma oral a lo escrito (porque la lectura en silencio es, como se sabe, una ceremonia tardía), interactuaban el libro con su comunidad. Leer era algo que pertenecía a la esfera pública, y enriquecer con adiciones o comentarios lo que se iba leyendo, en vez de estar vedado, merecía la gratitud colectiva. Aunque los doctores de la Iglesia trazaron después, una línea divisoria entre el saber privado o sagrado, y el saber público o lego, muchos poemas, novelas de caballerías y relatos populares son el fruto de generaciones que iban depositando en ellos sus sedimentos culturales y sus mudanzas de lenguaje, como sucedió con *Amadis de Gaula*, la *Chanson de Roland*, el *Poema del Cid* y la gesta anglosajona de Beowulf. Al mismo tiempo, algunas grandes creaciones individuales empezaron a imponer la noción de autor. Esa noción aparece en la *Comedia* de Dante, en los cuentos de Geoffrey Chaucer, en el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita y en una mujer que los precede a todos, lady Shikibu Murasaki, quien entre los años 1001 y 1003 recreó y embelleció la lengua japonesa como su *Genji monogatari*, la primera y una de las más esplendorosas novelas de que se tenga memoria.

La invención de la imprenta dio un vuelco decisivo a la relación entre autor y lector al instalar el libro en la esfera privada. Lo introdujo en la intimidad del ser humano, lo convirtió en acompañante de los solitarios, en confidente de ilusiones y secretos, en transmisor de mensajes cifrados, y permitió que cada frase fuera leída según el ánimo que cada quien tenía en un momento determinado de la vida. El sentido de esa frase, a la vez, podía ir desplazándose en la imaginación del mismo individuo a medida que pasaba el tiempo, tal

como lo definió Jorge Luis Borges con precisión en su cuento “Pierre Menard, autor del Quijote”.

Poco después de las primeras Biblias de Gutenberg, en 1474, Aldus Manutius emprendió en Venecia la aventura de publicar algunas obras que necesitaba para sus cursos humanísticos. Imprimió primero, en formato manuable, unos pocos clásicos griegos: Sófocles, Aristóteles, Platón, Tucídides; siguió en latín con Virgilio, Horacio y Ovidio, y completó la colección con diccionarios y tratados de gramática. Esas ediciones, las más espléndidas de la historia de la imprenta, nacieron con un propósito aún más extraordinario. Manutius las editó sin anotaciones ni glosas, para que los lectores entraran en los textos de manera directa, libres de toda mediación, y pudieran dialogar a su manera “con los muertos gloriosos”.

El libro como diálogo con los muertos es una idea que resonará cinco siglos después, cuando Michael de Certeau defina la historia como la puesta en escena de una población de difuntos, y cuando Jean-Paul Sartre señale que toda obra sólo adquiere realidad y sentido en el momento en que es percibida por un otro, apropiada por ese otro. La intimidad del lector con el libro engendró miles de Don Quijote, miles de jóvenes Werther, todos igualmente desesperados, pero todos con una desesperación diferente; legiones de Madame Bovary, de David Copperfield, de Leopold Bloom, de Humbert Humbert y Lolitas. Aunque estoy mencionando sólo personajes de novelas, la intimidad creada por la palabra impresa abarca todos los espectros del conocimiento humano: el cine, la historia, la ciencia, la filosofía, aquello que primero es imaginación y luego signo. Tarde o temprano, todo signo encuentra su más noble forma de diseminación en la biblioteca, en forma de manuscrito, de fotografía, de grabados de época, de ensayo para especialistas, de periódico, revista, libro y de información virtual.

El reino de lo virtual nos ha devuelto, en cierto modo, a la forma comunitaria de leer, de comunicarnos y de interactuar a través de los signos. Así, la especie humana ha ido derivando del ágora original, de la creación por capas superpuestas de lenguaje, a la intimidad entre autor y texto, y desde allí ha vuelto a una forma diferente de ágora, en la que el lector, solo frente a su teclado, entreteje su experiencia con los infinitos textos que se le cruzan en la red. Los libros o informaciones que circulan en ese espacio virtual pueden ser hallados y tomados por quien los desee –y de hecho, así sucede con frecuencia–, modificados por comentarios o reescrituras que van naciendo mientras se lee. Alguna vez, en uno de esos foros públicos por los que navegan miles de personas, leí que un participante súbito reescribía el Quijote, traduciendo el discurso culto que da Sancho Panza cuando se despide de su cargo de gobernador en la ínsula Barataria al lenguaje campesino del siglo XVI español. Aquella intromisión creó un debate sin fin, en el que intervinieron estudiantes de lingüística y devotos del Siglo de Oro, que corregían la corrección inicial o proponían otras variantes del mismo discurso. En este tejido de araña sin límites, el texto seguía siendo el texto, fiel a su fijeza de origen, pero a la vez se abría ahora como un delta en el que todos metían mano y le descalabraban los sentidos. Se lastimaba el texto, pero a la vez se lo resucitaba, porque toda palabra exhumada y puesta en cuestión es también una palabra viva.

Poco a poco, esta nueva forma del ágora, este purgatorio o cielo de lo virtual, se ha lanzado a crecer como un árbol incontenible. La biblioteca de Babel, aquella en la que Borges incluía todos los libros pasados y los no escritos, y las variaciones de cada uno de esos libros, ha llegado antes de lo que se pensaba. Ya está entre nosotros.

El filósofo Paul Virilio escribió que si el elemento central de la modernidad era la

velocidad de la materia –Fernand Braudel hablaba de “la lentitud de los transportes” en su historia de la civilización europea de los siglos XV a XVIII–, el dato central de la posmodernidad es la velocidad de la luz. “El ser humano –escribe Virilio– se ve superado por una tecnología que, sin embargo, ha sido creada por su mente y por sus manos, capaz de ejecutar acciones que van mucho más allá de lo que entendemos por pasado y por futuro”. En la red, en el internet, cuya dispersión es global, no hay en efecto día ni noche, ni tampoco horas. Leo hoy lo que sucedió ayer en la isla de Pascua y lo que ha sucedido mañana en Tokio. Mi tiempo es doble, o múltiple. Somos, ahora, seres inmersos en un océano de tiempo que se mueve a mayor velocidad que nuestra imaginación.

Sería desatinado pensar, como ya han predicado algunos falsos profetas, que la información virtual acabará con el libro tal como lo conocemos: es decir, con el objeto rectangular de cartón o tela o cuero, dentro del cual hay hojas de papel cubiertas de signos. Quizá se transmute el libro en otros libros, ya lo hemos visto. Quizá las páginas de una biblioteca entera puedan moverse con un ligero roce del dedo índice, como me sucedió cuando contemplé, en un museo de la Sexta Avenida de Nueva York, las fotos de niños y adolescentes tomadas por el diácono de Oxford al que conocemos con el nombre de Lewis Carroll. Pero el libro perdurará en la forma que asumió hace más de quinientos cincuenta años, porque siempre habrá alguien que prefiera o más bien elija alcanzar la intimidad con un autor de esa manera, a través de las páginas que van cobrando vida mientras se abren. Siempre habrá alguien que quiera regresar a un libro sólo en la edición en que lo conoció por primera vez, a las dedicatorias, recuerdos y pasados que quedaron unidos a ese objeto. El propio William Gates, dueño de Microsoft, explicó en 1999 que “leer en una pantalla es una experiencia sin duda muy inferior a leer en papel. Aun yo, que tengo a mi disposición las más costosas pantallas –dijo–, prefiero copiar en la impresora los textos que tienen más de cuatro o cinco páginas.”

Todas las grandes culturas se han creado en torno a un libro sacramental, y para algunas naciones como la nación judía el libro fue, durante muchos siglos, la única patria posible. Del Antiguo Testamento, de los Evangelios, de la *Torah*, del *Corán* o *Qu'ram*, del *Shu* y el *Yi* de Confucio, del *Buddhavacana* canónico de los budistas hemos aprendido casi todo lo que el hombre ha imaginado sobre Dios, o –según la fe– le ha sido revelado por el Espíritu. Esa lista es infinita: debería incluir también el *Chilam Balam* y el *Popol Vuh* de los mayas, las cosmologías de pueblos casi analfabetos como los warao del Delta Amacuro, los textos sagrados del sur del Nilo y de las estepas de Groenlandia. Los libros son no sólo la brújula que señala nuestra identidad y nuestra diversidad, sino también el punto de referencia imprescindible para entender lo Otro y a los otros.

En la adolescencia, los bibliotecarios me parecían extensiones de Dios, herederos de un saber inagotable. Casi toda mi formación proviene, más que de los textos universitarios, de los volúmenes que me prestaba la biblioteca Sarmiento de Tucumán cuando yo tenía entre 11 y 18 años. Todas las mañanas devolvía el libro que había retirado el día anterior y la bibliotecaria, una profesora de historia a la que habían despedido de su cátedra por disentir con el gobierno, siempre me reservaba alguna obra asombrosamente nueva. Así alcancé el inolvidable conocimiento de Heródoto, Tucídides, los diálogos de Platón, el *Edipo Rey* de Sófocles, las seis grandes tragedias de Shakespeare, el Quijote, la anatomía de Testut-Latarjet (que recorrí como si fuera una novela), las ficciones de Dumas sobre el siglo XVI, la trilogía *Los sonámbulos* de Hermann Broch, *El castillo* de Franz Kafka, los cuentos de Borges, las escrituras encendidas de Domingo Faustino Sarmiento.

En aquellos tiempos, no tan lejanos, el libro mantenía el aura de santidad que, según Borges, jamás tendría que perder. Yo no hablaría de santidad pero tal vez, sí, de dignidad. Hace medio siglo, el libro seguía siendo la fuente de todo conocimiento, y no –como le sucedió más tarde– una de tantas mercancías. Su naturaleza no estaba entonces amenazada por las fusiones multinacionales y los aluviones de la globalización que quizá estimulen la economía y la producción, pero no la imaginación y la libertad de crear. El libro resiste, pero el mercado avanza como una horda. Dos aventuras personales quizás ilustren con mayor claridad lo que quiero decir.

Hace pocos meses fui a una sucursal de Borders, en East Brunswick, New Jersey. Es uno de esos vastos supermercados donde conviven los libros, los discos, los calendarios y las tarjetas de felicitación. Por lo general, Borders, Barnes and Noble y las cadenas de ese tipo – como Fnac en Francia y España– suelen vender algunos textos clásicos en ediciones accesibles. Lo que yo trataba de encontrar ese día era un ejemplar de *The Most Excellent and Lamentable Tragedy of Romeo and Juliet* en la versión anotada para escuelas secundarias. Fui a los estantes donde la semana anterior había conseguido para mi hija *The Tragedy of Richard the Third* y *A Midsummer Night's Dream*, del mismo autor, pero fracasé. Vi el libro que necesitaba en ediciones de obras completas que no me servían y me dirigí a la mesa de informaciones en procura de ayuda. Un empleado negligente se había refugiado allí con una revista deportiva. Le pedí que consultara en la computadora si quedaban ejemplares del libro en algún depósito y le di el título completo. La base de datos no lo tenía registrado. Le sugerí entonces que probara suerte con el título abreviado, *Romeo and Juliet*. Volvimos a fracasar. Tratemos por el nombre del autor, le dije. El empleado me miró con suprema indiferencia y preguntó: ¿Me puede deletrear el nombre? Parece un chiste patético. No lo es. A fines de mayo pasado, acudí al Fnac de Madrid para comprar una edición cualquiera del *Buscón* de Quevedo, el nombre familiar por el que conocemos la novela picaresca titulada *La vida del buscón llamado don Pablos*, de Francisco de Quevedo y Villegas. Le pregunté a una empleada que se retocaba el maquillaje: “¿Dónde puedo encontrar *El Buscón* de Quevedo”? El resultado fue todavía más desolador que en New Jersey. Fue a la computadora, revisó y no encontró dato alguno. “Veamos –me dijo la empleada, solícita–. Por el título que usted me da, esa novela no aparece. Tal vez la encontraremos más fácilmente si me da el nombre del autor”.

Las batallas de estos tiempos de globalización no se libran ya para conquistar nuevos lectores o para crearlos, sino para que el mercado no los deseduque, para que los lectores no pierdan la costumbre de ver el libro como un modo de verse también a sí mismos. Junto con océanos de informaciones por procesar y de libros por leer, la globalización ha engendrado a la vez abismos de desigualdad que antes eran imposibles de imaginar, porque lo que se globaliza es el mercado, no las personas. Una quinta parte de la población del mundo sigue sin tener acceso a forma alguna de educación, y más de los tres quintos restantes no pueden comprar libros, porque la comida, la vivienda y la ropa están primero en la lista básica de las familias y, con frecuencia, lo que se gana ni siquiera alcanza para eso. Mil quinientos millones de personas carecen hoy de agua potable y más de mil millones viven hacinados en casas miserables, indignas de la condición humana. Mil millones de personas no saben leer ni escribir.

Pero no son las estadísticas las que tienen aquí importancia, sino razones de orden moral y razones de justicia que podrían sublevar a los espíritus más indiferentes, aunque no signifiquen nada para los espíritus rapaces. Mil trescientos millones de personas viven con menos de un dólar por día. ¿Cómo podrían pensar en comprar libros? Y, en el otro extremo

del espectro social, las ganancias de los tres hombres más ricos del mundo son superiores al producto nacional sumado de los cuarenta y tres países más pobres.

La globalización ha acentuado la pobreza y la dependencia de los países débiles, pero tengo la esperanza de que, a la larga, abrirá los ojos de más y más personas. Estamos en el confín del mundo, todos los días cuando nos levantamos sentimos el peso del mapa sobre nuestras espaldas, pero también estamos en el centro, porque la ignorancia nos iguala a todos. Un campesino de Ohio, de Périgord o de Ucrania puede saber tan poco de la física cuántica o de la técnica de las exploraciones espaciales como un campesino de las praderas argentinas o un artesano de Zimbabue. Tal vez el campesino de Ohio pueda ver sin problemas las imágenes de Marte que se transmiten por la televisión y tal vez al campesino de la pampa se le corte la luz cuando las está viendo. Pero en esencia, lo que nos equipara no es lo que sabemos sino, más bien, lo que ignoramos. En esa orfandad del universo global, el libro es nuestro único vehículo de entendimiento, el sistema circulatorio que nos comunica. Lo que a lo largo de la historia han hecho las guerras para separarnos y devolvernos al pasado, ha sido compensando por lo que el libro ha hecho para unirnos y situarnos en el futuro.

Celebrar la existencia y multiplicación de bibliotecas, entonces, no sólo es un acto de justicia. También es una manera de proclamar, como William Faulkner en su discurso del premio Nobel, que “la inextinguible voz humana sigue hablando. Tengo la convicción de que el ser humano no sólo perdurará sino también prevalecerá, porque tiene un alma que se expresa en el libro, un espíritu capaz de compasión, y de sacrificio, y de persistencia”.\*

Estamos en un país cuya mayor biblioteca, la Biblioteca Nacional, alcanzó valor de símbolo en la obra de Jorge Luis Borges, que fue su director durante dieciocho años. Borges se enorgullecía de que lo hubieran precedido en el cargo dos grandes escritores ciegos –como él–, y en su “Poema de los dones” elaboró un tejido de símbolos donde la ceguera, la lectura, y la felicidad de los libros le permiten imaginar el Paraíso bajo la forma de una biblioteca. Borges escribe: “De esta ciudad de libros hizo dueños/ a unos ojos sin luz, que sólo pueden/ leer en las bibliotecas de los sueños”.

El Paraíso de Borges siempre fue modesto –a lo sumo, un millón de volúmenes– y estuvo marcado por un destino singular. El palacio que cobijaba la Biblioteca Nacional en la calle México fue, primero, a comienzos del siglo XX, sede de la lotería nacional, como lo prueban las representaciones del azar que todavía se ven en la fachada: ninfas aladas de ojos también ciegos y grandes bolilleros de bronce. Hace más de dos décadas que los libros se mudaron al otro extremo de Buenos Aires, y en el antiguo edificio, de estilo renacentista milanés, se instaló el Centro Nacional de Música. Donde antes se oían los rumores de la suerte y luego el secreto vocerío de los libros, ahora hay violines, trombones, fagots, pianos. El destino de las cosas siempre ha sido extraño en la Argentina..

Dos bibliotecas asombrosas cobijó este continente de asombros. Una de ellas tiene el aliento de los mitos. Fue reunida por los reyes de Portugal durante cuatro siglos, desde el XV hasta el XVIII. Poco antes del terremoto que destruyó Lisboa, en 1755, contaba casi setenta mil volúmenes –cifra enorme para aquella época–, además de documentos raros, códices, incunables, colecciones de grabados, partituras, mapas. Como bien lo señala Lilia Moritz Schwarcz en un libro excepcional, *A Longa Viagem da Biblioteca dos Reis*, aquella acumulación de riquezas letradas era el símbolo verdadero de la monarquía portuguesa.

El hecho quedó probado cuando toda la corte de Bragança, amenazada por la invasión

napoleónica, fugó hacia Brasil, en noviembre de 1807. El traslado de los libros era un asunto de Estado, tanto como el desplazamiento de los atributos reales. Aun así, algunos tesoros preciosos estuvieron expuestos a la intemperie durante meses, en un barco anclado a pocas millas del puerto de Lisboa. Una Biblia impresa por Gutenberg en Maguncia y un Libro de Horas del siglo XIV fueron salvados *in extremis*, cuando les caía la lluvia, por un bibliotecario cuyo nombre merece retenerse, Luis Joaquim dos Santos Marrocos, porque fue él quien, en marzo de 1811, transportó a la “bárbara colonia tropical” las últimas 87 cajas de libros, que habían estado navegando entre Portugal y las islas Azores.

Después de su larga desventura marina, la gigantesca biblioteca anduvo a la deriva también en tierra. Los primeros volúmenes fueron ubicados en las catacumbas donde yacían unos frailes carmelitas, pero a medida que nuevos envíos llegaban por mar, el sitio se tornó insuficiente, y el rey Joao VI eligió entonces el piso superior de un hospital, hasta que, al emplazarse definitivamente en un edificio cerca del Palacio Real, en Rio de Janeiro, irradió su influencia sobre el naciente imperio brasileño. Algo extraño, sin embargo, debió de haber sucedido en el puerto de Salvador, en la bahía de Todos los Santos, donde ancló el primer barco con la corte y sus libros. Dos o tres cajas se perdieron en el desembarco, y ése parecía ser su destino, perdidas para siempre, hasta que en 1984, algunas láminas de un gabinete de curiosidades provenientes de la Antigua Biblioteca Real, en las que se representaban serpientes y mariposas, fueron encontradas en un altar del sertón, al noroeste del Brasil, donde se las usaba para invocaciones religiosas. Bajo una forma u otra, los libros colmaron los sueños de la especie humana: para unos significaron conocimiento, para otros libertad, para otros fe, voluntad de creer.

La otra biblioteca de prodigios es la que J. Pierpont Morgan decidió construir en la avenida Madison, entre las calles 36 y 37 de Nueva York, treinta años antes de que Borges escribiera “La biblioteca de Babel”. La de Borges cifraba su riqueza en la cantidad, y esa ambición desmesurada la tornaba inútil. La fama de la biblioteca de Morgan deriva de la calidad. Sólo conserva los libros que la humanidad ha considerado imprescindibles, pero con un atributo invariable: todos son ejemplares únicos, volúmenes condenados a la eternidad.

La delirante biblioteca de Morgan tiene, sin embargo, poco que ver con el conocimiento. Es sólo un canto a las glorias de la edición y de la escritura. El banquero leyó sin duda pocos libros, pero aprendió a comprarlos con la sabiduría de un erudito. Durante un viaje a Europa en 1860 consiguió, vaya a saber cómo, el manuscrito de *Endymion*, un poema en cuatro partes que John Keats había publicado en 1818. Hacia la misma época convenció a Charles Dickens que le cediera por casi nada el cuaderno donde había escrito “A Christmas Carol”, uno de los relatos más populares de la historia de la literatura.

Aconsejado por su sobrino Junius, Morgan compró tabletas asirias, evangelios iluminados por monjes medievales, la primera Biblia de Gutenberg, la primera impresión de las *Vidas paralelas* de Plutarco (Venecia, 1478), la primera edición de las comedias, historias y tragedias de Shakespeare (Londres, 1623), el manuscrito de *Principia mathematica*, en el que Newton formuló la ley de la gravedad, la *Encyclopédie* editada por Diderot, todas las ediciones imaginables de *Alicia en el país de las maravillas* y de *El principito* de Saint-Exupéry.

En el palacio de la avenida Madison hay manuscritos más valiosos que en el Museo Británico. Allí están los únicos fragmentos sobrevivientes del *Paraíso perdido* de John Milton, la última versión del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, varias

cartas de George Washington, de Jane Austen y de William Thackeray, el original de *Ivanhoe* de Walter Scott, el *Don Juan* de Byron, el texto completo de *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde, y las treinta y cinco páginas en las que Einstein explica cómo se le ocurrió la teoría de la relatividad.

Aunque todos los grandes maestros de la humanidad fueron, sobre todo, maestros orales, los hombres siguen buscando en los libros esa suspensión de la sabiduría, ese aliento de la eternidad que no pareciera estar en ninguna otra cosa : ni en la oratoria ni en el fugitivo cine. El libro es como el agua. Se le imponen cerrojos y diques, pero siempre termina abriéndose paso. La adversidad pareciera fortalecerlo. Aun en los peores tiempos, las ideas que después se transformaron en la Palabra, han soslayado las censuras y las mordazas para cantar cuatro verdades y seguir siendo incorruptibles e insumisas cuando a su alrededor todos callan, se someten y se corrompen. Se han probado ya las más diversas armas para acallarlas: se las ha reprimido con la prisión, con el cepo, con la hoguera, con las falsas confesiones voluntarias como las de Galileo ante la Inquisición y la de Isak Babel ante Stalin; se ha probado el soborno, la seducción de los premios y de los honores, el hospicio, las amenazas de muerte, el exilio, sin conseguir que las ideas hechas Palabra, el Verbo, sepulten o domestiquen sus verdades.

La palabra escrita ha perdurado y prevalecido sobre los incendios que tramaron su destrucción, desde que el emperador Shih huang-ti, constructor de la Gran Muralla, ordenó que se quemaran todos los libros anteriores a él, con excepción de algunos tratados de agricultura, sólo para probar –en vano– que la historia del mundo empezaba con su reinado. El mismo fanatismo se ensañó con la biblioteca que los Ptolomeos habían creado en Alejandría tres siglos antes de la era cristiana, y que sucumbió al fuego durante una de las guerras civiles que se sucedieron bajo el emperador Aureliano, hacia el año 273. Millares de libros fueron también arrojados a la hoguera por los nazis, en 1933, y de modo más sigiloso, aunque no menos vil, varios miles fueron quemados aquí, en la plaza de un regimiento de Córdoba, a comienzos de 1977.

La intolerancia cobró una de sus más lamentables víctimas en Bagdad, el 14 de abril de 2003, un mes después de la invasión de Irak y el día mismo en que se conoció la huída de Saddam Hussein. El saqueo devoró la ciudad con un ímpetu ciego, y también la Biblioteca Nacional cayó esa tarde. Al menos 800 mil volúmenes fueron entonces quemados y robados, como si fueran ellos los culpables de las desgracias de Occidente. Se destruyó la colección entera de Omar Khayyam, se rompieron con balas de mortero las máquinas de microfilmación y las cajas de documentos del extinguido imperio otomano. Se robaron o se destruyeron también las tablillas cuneiformes de los sumerios, y casi todas las escrituras babilónicas del poema *Gilgamesh*. El director de la biblioteca logró salvar algunos fragmentos de arcilla, de los que desgajó estos versos: “El Bosque se extiende a través de diez mil leguas. /¿Quién se atrevería a entrar en él? / Porque el rugido de Huwawa es el de la tempestad/ porque sus fauces vomitan fuego y su aliento es mortal”. Esas parcas líneas corresponden a la tercera tablilla, tanto menos afortunada que la tablilla undécima, la que habla del diluvio, en el Museo Británico.

Pero ni el odio de los bárbaros ni la intolerancia de los injustos ha podido destruir el libro, cuya memoria es también la memoria de la especie humana.

En cualquiera de sus formas, ya sea en las tablillas cuneiformes de *Gilgamesh*, o en los devocionarios copiados a mano por los monjes de los monasterios medievales o en la



primera Biblia de Gutenberg, en los folletines de Dickens, en los tres CD rom que compendian los treinta volúmenes de la Encyclopædia Britannica o en los archivos que la gente se intercambia por internet, el libro ha sido siempre no sólo una celebración del conocimiento sino, ante todo, una celebración de la vida. ¿Y qué significa celebrar la vida en estos tiempos de integración de los mercados, de las finanzas y de la tecnología? Significa celebrar los valores que definen lo mejor del espíritu humano: el lenguaje, la imaginación, la libertad, el afán de justicia, la búsqueda de igualdad. Todos, hoy y aquí, seguimos imaginando el Paraíso bajo la especie de una biblioteca.

---

\* El texto original en inglés dice: "The inexhaustible human voice is still talking. I believe that man will not merely endure: he will prevail, because he has a soul that speaks in books, a spirit capable of compassion and sacrifice and endurance".